

0137-89760

PC 3941

.R 9

J 3

ES PROPIEDAD



FONDO
PEREZ MALDONADO



HE aquí el otoño. Caen las hojas, y los enfermos se apesadumbran porque algo vivo se deshoja y desmaya en su corazón. El viento al recorrer las arboledas parece murmurar palabras de un fatídico significado que tal vez puede adivinarse por el tono doliente y por la palidez que invade las plantas. Cerrada la noche, óyense crujidos inexplicables. La naturaleza se extingue, quejumbrosa. Y yo me digo que no es el frío lo que la abate; más fríos son los días en que el almendro florece soñando en la primavera, y tanto ó más frías las horas abrileafas en que todo sonríe de esperanza; no, no es el frío, es

algo parecido á la muerte que pasa por la tierra obedeciendo á un ritmo anual, de la misma suerte que cae periódicamente el sueño sobre nuestros ojos.

El día presenta mal cariz. Las lejanías azules desaparecen bajo la bruma. Las nubes proyectan sombras volubles que recorren el llano y las montañas. El sol ha perdido el alegre fulgor que enloquecía é inspiraba á las cigarras; sólo de vez en cuando aparece su lánguida mirada é imprime acá y acullá, en el suelo, manchas amarillas y débiles que á no tardar se apagan con dejo inexplicable de melancolía. Nuestra marina ya no es el país dorado y azul del buen tiempo estival. Ya no brilla la retama en los roquedales, ni chisporrotea en las playas el polvo de mica. Las casas del pueblo no conservan la albura deslumbrante del mes pasado; ahora estan cenicientas de humedad y á trechos denegridas por el surco del agua escurridiza.

Divago por la playa.

Los laúdes, en hilera, atados por la popa á las estacas, se inclinan hacia el mar; bien se vislumbra su

añoranza. Están atascados; el cariz del día los condena á cautiverio.

En medio del arenal veo un grupo de pescadores que huelgan, y me acerco á ellos. Están de pie, unos con las manos en el bolsillo y otros con los brazos plegados sobre el pecho, examinando atentamente las amenazas del horizonte. Llego á su lado, y no se inclinan un punto para mirarme. Uno de ellos dice:

—El chubasco se traga el viento.
—Todos callan y al cabo de un buen rato añade un segundo:

—No puede decirse en que andanza va esto á concluir, pero las señas son de gregal.—Y en cosa de media hora no les oigo ni una palabra más. Me han sugerido el recuerdo de una compañía de devotos que agrupados ante un facistol leen un enorme libro de coro, silenciosos, mudos, todos de pie, y si tal vez alguno murmura unas palabras de la lección, los demás permanecen impasibles, sin trocar su atención ni tomarse la molestia de atender al que habla.

El horizonte marino atesora vastas enseñanzas para estos pescadores;

yo me alejo de ellos, su adustez me fatiga; vóyme hacia la rinconada de Levante y me siento en el poyo del umbral de mi nodriza, bajo el emparado de pámpanos marchitos. He aquí la casa más alegre de cuantas evoco en mis recuerdos de infancia, y, Dios mío, casi no me atrevo ahora á penetrar en ella; tan inconsolable es la desventura que pesa sobre las dos mujeres que en ella moran; y, por vida mía, yo las conocí dichosas.

Ciertamente, mi nodriza había sufrido mucho en vida de su marido Catrevenc, aserrador francés, que trabajaba en la maestranza y adolecía del funesto vicio de la borrachera crónica; pero cuando estuvo ella en sazón de criarme había envidado ya; Catrevenc murió en la flor de su edad agobiado por sus propios excesos y los de su borracha ascendencia. La buena mujer lloró al difunto y halló la paz y el bienestar sobre la fosa cubierta. Sus intereses quedaban en buen estado; poseía su casita, su pequeña renta, y, lo que no es poco, salud y manos de plata, y ánimos para el trabajo. En-

tretenia las veladas labrando hilo de esparto, y durante el día, cuando la colada, la cocina ó los frotos de limpieza no la estorbaban, tomaba la almohadilla de los encajes; y el donoso canto de los bolillos cundía por la casa despabilando al canario que inmediatamente soltaba la charla.

Tenía una hija que me llevaba cuatro años. Llamábanla Jacobé; su padre fué el inventor de esta rara designación por no haber sabido domesticar su lengua hasta pronunciar «Jacobeta». ¡Pobre muchacha! Puedo decir que ella fué quien se encargó exclusivamente de mí cuando hubo que rehusarme el pecho.

Mecía mi cuna, me lavaba, me peinaba... En mis recuerdos más lejanos la veo, de regreso de la fuente, bajar por la torrentera entre azuladas pitas, asentado el cántaro en la cabeza, puestas las manos en la vasija, los brazos bellamente arqueados y desnudos, caídas las pequeñas mangas más abajo del codo. Esto acaecía en verano... Me parece que veo la extensión soleada y oigo el canto de las cigarras... Ella bajaba saltando como un cabritillo, se me

acercaba muy acalorada, jadeante y risueña, y mientras me daba de beber me inundaba con las ardencias de sol y los silvestres olores de que estaban impregnados sus cabellos, y sus trapos fementidos...

Yo la llamaba «Amita», nombre cariñoso que en muchos hogares se dá a la hermana mayor, segunda madre de los chiquitines. Y efectivamente, Jacobé fué para mí una protectora con amores mezclados de madre, hermana y amiga. Imposible recordar alguna de mis primeras expansiones sin verme forzado á evocar su imagen. Ella con hilos de seda, cordeles de gaseosa y anzuelos viejos que la regalaban los pescadores, guarnecía las cañas de mi pesca; y aplaudía mis éxitos cuando yo conseguía apoderarme de alguna agujota, de algún pececito ribereño que, cayéndose de bobos, dejábanse engañar por tan primitivos artificios.

—Esto es plata viva—exclamaba—no hay pez más hermoso en el agua.

Alguna vez recogíase las faldas, y manteniéndolas enroscadas en la horcajadura, ora seguía las olas que se retiraban, ora huía de las

invasoras, chapoteando acá y acullá y descubriendo en la arena impregnada de agua unos gusanillos colorados y lucientes á guisa de coral mojado.

—Gusanillos de playa, Dominguí—gritaba—éste es un cebo portentoso.

Otras veces se sentaba á mi lado, y quietecita, muy quietecita, con los ojos bajos y las pequeñas manos ocultas bajo el delantal rezaba una série de padrenuestros para que Nuestro Señor me concediese mucho botín en la pesca.

La playa era nuestro sitio favorito. Allí corríamos, hacíamos volteretas, jugábamos á las cinco piedras ó al hoyuelo, buscábamos conchas... A veces nos divertíamos provocando al mar, insultándole, echándole puñados de arena.

—¡Mira como se ahueca la vieja gruñona!... ¡mira!... ¿oyes su ronca voz? Rabia, rabia, tía indecente; muestras los espumarajos de tu ira, ¡pero quiá! no puedes llegar á nuestros pies.—A fuerza de mirar de hito en hito las olas que iban llegando, y de creerlas sensibles al agravio,

nos parecía verlas crecer, hincharse enojadas, apresurar la acometida, y azuzarse unas á otras, con rugiente alboroto de fieras, hacia nosotros. Aquel juego tenía un no sé qué estremecedor. Algunos días, después de comer, nos dormíamos tranquilamente á la sombra de un laúd y rozábanse nuestras sienes y mezclábanse nuestros cabellos.

Una vez hallamos un caracol marino muy grande, ya hueco, lavado por las aguas y la arena, y secado por el buen sol canicular. Inmediatamente, Jacobé, le atribuyó las virtudes más sorprendentes. Se lo puso al oído, y escuchó largo rato sin mover los párpados ni casi respirar. Entregómelo después, diciendo:

—Escucha, Dominguí, no te muevas ni alientes; vas á oír un sin fin de cosas... El caracol es algo así como una oreja; mira, ¿no ves el agujero? El estuvo largos días, noches interminables, en el fondo del mar, parando atención á todo sonido, y todo cuanto oyó le murmura aun en los adentros. ¿Percibes un zumbido, verdad?... Esto es el viento. También advertirás el ronquido de la marea.

Sigue atendiendo. Atiende con todas tus fuerzas, y lo escucharás todo, el viento, la lluvia, el trueno, todos los rumores del temporal. Yo he llegado á oír un quejido lastimero, Virgen Santa, que sería sin duda de algún naufrago. ¡Y ciertamente, en aquellas edades inocentes, cuidado si incitaban á soñar azares los rumores de un caracol marino!

Jacobé era traviesa, pero no consentía que yo lo fuera. Me vigilaba á mí como no lo hiciera la chacha más cuidadosa y timorata. «Dominguí, no te sientes en la arena mojada, que así se expone uno á coger un reuma. Dominguí, no te quites el sombrero de paja, no sea que te aturda una insolación. Dominguí, no pases por ahí. Dominguí, da un rodeo.» No era lance desusado que, siguiendo sus consejos, permaneciese yo inmóvil como un santito, mientras ella iba chapuzando en el agua, triscaba por los roquedales ó se encaramaba á las peñas cortadas á pico para coger retama ó buscar las florecillas que á pedradas había hecho caer de los pitacos.

Todo me la recuerda en el paraje

que ahora piso, todo, y especialmente este grupo de rocas esparcidas en la cala que ostentan á flor de agua sus hierbas arracimadas de un color de oro vetusto. Ellas me parecen un pedestal sin estátua. En sus eminencias sentaba admirablemente la figura de aquella muchacha de piernas largas y formas angulosas, con los vestidos y cabellos esparcidos al viento.

Pero la infancia no había de durar edades largas. Pasaron los años, obligóseme á estudiar; Jacobé se convirtió en una muchacha laboriosa y casera. Su cutis cobraba finísima blancura, y en sus mejillas el color adquiría la suavidad de un reflejo de rosas sobre un vaso purísimo de porcelana. Sus formas infantiles ibanse modificando paulatinamente... Parecía que el tiempo las labrase como hábil artista; en algún trecho las enriquecía, en otro las vaciaba; daba á unas redondez, á otras firmeza, pero aumentándolas y embelleciéndolas todas. Ora henchía las ondas de la rubia cabellera que parecían cobrar su lozania del soplo de Abril que hace crecer la hierba, ora es-

ponjaba dulcemente el pecho y las caderas, ó sutilizaba la cintura, ó con pequeñas y mágicas dedadas abría lindos hoyuelos en los codos, en los nudillos de los dedos, en la barbilla y en las mejillas. Yo presencié casi todas estas transformaciones sin fijar gran atención en ellas; pero pasé unos meses lejos del pueblo, y cuando vi nuevamente á Jacobé quedéme arrobado.

¡Porque vaya si estaba hermosa á los dieciseis! En todo su cuerpo notábase una delicadeza como de flor de invierno. No podía llamársela robusta, pero se encontraba bien de salud, y briosa. Levantábase al amanecer como los pajarillos del bosque, y no cesaba de trabajar, ya en el encaje de bolillos, ya en la albeca lavando ropa, ya en la cocina, limpiando, poniendo orden en todo. Daba gozo verla corriendo atareada de los hornillos al fregadero, de allá al armario del rincón, tan pulida y fresquita, desnudos los brazos, que resaltaban con el cálido matiz de un durazno en flor sobre la blancura fulgurante de los azulejos.

Solia estar de buen humor; can-

taba, reía ó charlaba muy amenudo. No obstante yo habia notado que algunas veces en sus niñas de un azul oscuro, y tan grandes que devoraban casi toda la zona blanca del ojo, surgia un azoramiento, una insistencia penosa, una sombra como de fatídicos ensueños; pero ¿quién iba á hacer caso?

Un día reparé que se apoderaba de ella con más frecuencia este aire de tristeza, y la dije:

—Tu echas de menos las volteretas en la playa, ¿verdad Jacobé?

Ella soltó la risa con aire gracioso y burlón, sacando un poco la lengua, casi mordiéndosela con los dientes inmaculados:

—¡Por Dios, Dominguin! Vete á paseo—exclamó—estaría bueno que se me ocurriese ahora golpear por la playa. Tú sí que debes de quererlo... y no es ninguna rareza... pero yo; si soy ya una persona mayor! ¿Has perdido el seso, Dominguin?—Con un mohín, me volvió las espaldas un momento:—Vaya, vaya, bendigate Dios, chiquillo. Quehaceres de más monta me están aguardando.—

Y dejándome en seco, dando una

vuelta aparatosa, marchó con donosura á sus tareas.

Mucho me mortificaba que Jacobé me considerase como un chiquillo, pero no hubo remedio; para ella yo fui eternamente el benjamín, el crío de la casa. Apenas llegaba yo en tiempo de vacaciones, por las fiestas de Navidad ó al concluir el curso, ya Jacobé alborotaba con su armoniosa charla, llena de exclamaciones y asombros agudísimos que se oirían en los pueblos comarcanos: «¡Madre, madre! ¿Por dónde anda? ¿Sabe quién llegó? El pequeñuelo, nuestro Dominguin! ¡Señor, quien tal pensara! Pues si madre va á enloquecer de alegría! ¡Virgen Santísima, y lo que has crecido, queridín!... ¿Qué merienda escoges? ¿Quieres peras? ¿Pan almibarado?... Madre, no ande remisa, véngase acá. El pequeñuelo está en casa, ¿no lo oye?»

Vaya, aunque una acogida tan excelente bastase para ahogar todo sentimiento que no fuese de ternura, estas insistencias en llamarme «pequeño» resultaban sumamente ofensivas para todo un hombre, que habia cumplido ya los doce.

Y no obstante, por lo demás, Jacobé y mi nodriza mostraban un celo inaudito en lo que concernía á mis dignidades. Si algún chico pescador venía á conversar conmigo y me tuteaba, cosa naturalísima, las dos mujeres ponían unas caras feroces. «Un perro abandonado tiene más educación que estos golfos de playa,—se decían refunfuñando.—¡Vaya unas libertades! Capaces son de imaginar que parten peras con algún infeliz de su clase.» Y, hablando con los vecinos, me daban una importancia fantástica. «El muchacho, fijense bien, es el *hereu* más rico del pueblo, un señorón destinado á pisar más alfombras que los marqueses; sólo que se cae de bueno y, ama á los pobrecitos, como un Niño Jesús. El habla con todo el mundo, siempre tan sencillo, tan franco, pero esto no significa que uno haya de abusar.... No faltaba más, ¿á dónde iría á parar la moral de las personas? Hijos, hay que respetar á cada cual según su categoría.» Jacobé era la que más exageraba en tales ocasiones. Acababa de saber que yo alcancé buena

nota en los exámenes, y corría enseguida á pregonarlo por el barrio. «Dominguín se ha examinado. ¿Qué, no os enterasteis? ¡Parece mentira! ¡Si no se habla de otra cosa! El pequeño será un sabio. Pero que retóricas florecen en aquellos labios... Los maestros se quedaron sin decir «esta boca es mía». Hijitos, le han dado un premio que no se atreverían á soñar los más pintados... No se habla de otra cosa.»

Ella y su madre no podían salir á una fuente ó á una romería sin convidarme, y ambas se extenuaban en mi obsequio, y no apartaban los ojos de mí, regocijándose de mi alegría y preocupándose de mi indiferencia, como si su esparcimiento no consistiese más que en verme alborozado. Y al volver del asueto, si al anoecer hacía algún fresco, Jacobé no me creía suficientemente garantido por más abrigo que acumulase sobre mis espaldas.

—Dale con la porfía de arropar al chico. Estás loca? ¿Por qué le zambulles toda la cabeza en la bufanda? Le vas á cegar los respiraderos.

—Oiga, los agujeros de la nariz

quedan al aire, no se azore. ¿Hemos de permitir que nos pille un resfriado? Apostaría á que usted imagina que la naturaleza del niño corre parejas con la nuestra... Pues no, él es de linaje soberano... más delicado que un jazmín.

—¿Pero no vés que sudará las asaduras? ¿Dominguín, te sientes agobiado, verdad?

—¿No es verdad, amor mío, que nadie te resguarda del frío con tanto primor como yo?—

¡Qué iba yo á contestar! Dejaba que me convirtiesen en un lío informe, y callaba aunque me tocase padecer durante todo el resto del camino.

Algunas tardes de verano habíamos hecho excursiones deliciosas á la playa de Santa Cristina.

Allí, mientras la nodriza y el marinero, que solía acompañarnos en su esquife, preparaban la cena en unos hornillos improvisados á base de cuatro piedras, Jacobé y yo triscábamos descalzos por las marismas, buscando las pechinas aferradas á las asperezas que baña el oleaje. En mi vida las he comido más sabrosas. Y si mientras escudriñábamos con el

cuchillo para arrancar alguna, con la cabeza inclinada, rozando el agua, nos acometía de repente una ola tumultuosa, salpicándonos de borbotones, armábase una de chillidos y zalagardas que ensordecía. Aun me parece ver á Jacobé encima de la roca, á gatas, levantando un poquito su linda cabeza adornada de azucenas de playa, rociada de pequeñas gotas temblorosas; en un santiamén su rostro pasaba de la sorpresa al espanto, del espanto á la consternación, y de esta á una cómica hilaridad. «¡Te creías en salvo, Dominguín!... Pues si uno se descuida... A mí el agua se me escurre por la espalda, y me hace unas cosquillas... Y lo que es tú, Dominguín, estás lo más parecido á un mico en remojo.» Nos destoruillábamos de risa. Ya la cena estaba dispuesta, y los manteles extendidos en la arena, y los grillos empezaban á cantar la venida de la noche, y aun nos dolía poner punto y aparte á los donaires; mi nodriza se desgañitaba llamándonos á voz en grito.

¡Pobre Jacobé, lo que va de ayer á hoy! Sin una pasión, sin una con-

trariedad, sin un disgusto, porque sí, se ha declarado en ella una espantosa dolencia. Está loca.

Años atrás manifestaba algunas ideas singulares, cierta alteración en su modo de ser. Mi nodriza exclamaba un día: «Jacobé dice cosas tales, que no parece sino que se le haya cascado la cabeza; y si una no se amolda á su tema se pone de un humor de mil demonios. Un detalle cualquiera le hace perder la tranquilidad... se ensombrece, refunfuña dos horas, coge unas tristezas y unas melancolías irresistibles... Está enojada con todo el vecindario... no se comunica con nadie... le parece que nadie tiene modales ni cortesía. ¿Qué se habrá figurado la gran princesa?» Yo no di importancia á aquellas palabras; se trataría de chiquilladas, de antojos... ¿qué se yo? Lo eché á broma. «Lo mejor será avisar á un novio, blanducho, eso sí. Las muchachas se irritan á medida que van pasando los años.» «¡Pues lo que es eso!...—interrumpió mi nodriza, riendo.—No parece que esté ella muy ansiosa de boda... Figúrate tú, los bailes no puede una

mentárselos, no sale nunca de su concha... se pone colorada y daría que se yo por estar seis palmos bajo tierra en cuanto un muchacho la mira; se oculta no sé donde si alguno viene á casa. Y cuidado que es fuerte lance; si alguno, sin que ella sepa nada, estuvo allí, se entera por el olfato; parece increíble. Dice que ha olido vaho de hombre, y para que el husmo se evapore, abre de par en par las ventanas. Con que medrados estamos si hay que aguardar el remedio de un novio, mal rayo!» Acabamos por reirnos locamente.

Por aquel entonces yo no podía ir á casa de mi nodriza con mucha frecuencia. Solo notaba que Jacobé me recibía con un entusiasmo exagerado, con un interés no muy sensato. Arrojava al fuego un montón de troncos y sarmientos para que yo me calentase mejor. Me tomaba el pulso, temiendo que me aquejase alguna enfermedad. Si mi frente le parecía algo inflamada, corría á prepararme una tisana y me la hacía tragar á la fuerza, sin enterarse de mis protestas.

—Obedéceme, ya sabes que te

quiero... Tu estudias demasiado; te estás matando.

Se empeñaba en meterme unos cuartos en el bolsillo para que comprase tabaco clandestinamente. Reía y lloraba de ternura. Ya me parecía á mí excesivo y singular el apasionamiento de Jacobé, pero al fin y al cabo, cada cual tiene sus rarezas, y ella me había querido tanto, y podía verme entonces tan escasamente!...

Hará cosa de dos años, empezó á decaer. Enflaquecía, se marchitaba, la dominaban unas rachas de enojo que en sus buenos tiempos no la habían turbado jamás. Cuando se levantaba, mulhumorada y perezosa, no tenía ánimos ni para peinarse, descansaba en una silla, y allí permanecía horas enteras con aire de fatiga, volviendo quizás el rostro á la pared, sin fijarse en nada absorta en fatídica contemplación. Mi nodriza solía decirme: «Mala hierba ha pisado hoy; déjala en paz.»

Y yo me tranquilizaba como si todo aquello fuese naturalísimo; ya se restablecería, las mudanzas son ley de la vida. Dios me había vendido los ojos.

Cuando, en el verano último, regresé de las aulas, á fin de curso, recibí una fuerte sacudida en el corazón al comprender la horrible verdad súbitamente. Jacobé parecía un esqueleto. Enjuta, temblorosa, con los ojos muy hondos y la mirada extraviada, compareció á saludarme. No hizo más que sonreirse, como si no hubiese dejado de verme un solo día, y se retiró inmediatamente á su cuarto con paso chapucero, arrastrando pesadamente las chinelas, puestas en chancleta. Quedé como aturdido por el rayo. Mi nodriza me observaba de pié en el dintel de una puerta, saciándose amargamente del dolor que se pintaba en mi rostro; mas no me era posible fingir. Tras larga pausa la buena mujer prorrumpió en un gemido:

—Hija mía, hija de mis entrañas!—

Las lágrimas rodaban por sus mejillas, y á mi me ahogaba un sollozo contenido.

—Bien lo vés, Dominguí—añadió al instante—la niña se me derrite como una pella de nieve. Ya no sé que resolución tomar; le doy cuanto

apetece... no pongo límite á sus comidas, y cuidado que hartarian á un lobo... Todo, todo lo devora, porque no le falta buena hambre, pero de nada saca provecho; enflaquece como si le robasen la carne á puñados... ¡A ella, que daba gloria á todos al pasar, que erguia tan floridas redondeces! Unas ocurrencias saca sin piés ni cabeza... ¡Señor, en lo que ha venido á parar! ¡Hace tiempo que ha dado en la tema de lavar, y arroja á la albeca los cuadros, los libros, los zapatos, todo lo que le parece menos limpio, sea lo que quiera, y dale que le dás al jabón!... ¡No ha destruido poca hacienda! Ahora se queja siempre de calor, ella, que fué tan friolera. Muchas veces la encontré en noches de invierno sentada sobre la cama, en camisa, y con la ventana abierta. Imposible poner nada en claro. El médico no entiende una palabra; hoy ordena baños frios, mañana porquerias que vende el boticario... Todo inútil. Los vecinos...—mala peste acabe con toda su generación—, se divierten y dicen que está loca... y yo empiezo á sospechar que quizá esté loca yo mis-

ma... porque vaya, todo esto me abraza la cabeza... ¡Es espantoso, de veras! ¿Qué te parece á tí, Dominguin?

No pude hallar ni una palabra de consuelo. Abracéla, y me eché á llorar como un niño.

Desde entonces, el negocio ha ido de mal en peor. Jacobé no es ya ni sombra de lo que había sido, ni en cuanto al cuerpo, ni en cuanto al alma. Descuidada, macilenta, diezmada por la calentura, balbucea en vez de hablar, y desvaría más que habla.

Ella, la azucena de playa, la imagen de la tersura, parece hoy una flor hollada y polvorienta. Aún el instinto de la pulcritud, tan despierto en todas las muchachas de la costa, le ha sido arrebatado. También mi nodriza está desconocida. Aquella buena mujer, alta, de vientre convexo, razonable, de aspecto halagüeño, de mirada serena, cuya boca, aunque despoblada, ostentaba siempre labios ufanos, favorecida por un aire de placidez ó una amigable sonrisa, está hoy pálida, torpe, fantástica. Parece más alta que antes,

no ríe jamás, mira á todos con recelo, refunfuña, y, como si odiase el aire libre, no se echa á la calle más que por necesidad perentoria.

Estas malandanzas han convertido la casa de la alegría en albergue de desolación.

Siento las pisadas de mi nodriza que pasea de una parte á otra, trás, trás, trás... Todos los sonidos de esta casa me inspiran un linaje de horror que me ataca el cerebro.

¿Qué hago? ¿Entro, y veré á la enferma?

Empujo la puerta, avanzo... Las ventanas están casi entornadas, reina una semi-oscuridad que al principio me impide toda visión. Distingo, no obstante, la silueta de mi nodriza que se me acerca dando zancadas, haciéndome señas para que me detenga, y barbotando asperamente:

—Está prohibido entrar. No prosiga... ¿Quién va? ¿Quién es?

—¡Qué! — respondo yo — ¿no me conoce?

—Ah, ¿eres tú?... ¿Dominguín?... Bueno, adelante. Una está acostumbrada á habérselas con una taifa

de entrometidos. Sin ir más lejos, ¿ves aquel par de mujeronas en la playa?—dice, indicándomelas por la rendija de un postigo entreabierto.—¿Qué hacen allá en cuclillas, rasgando la arena? No han ido allí para pasar el rosario; están al acecho, espían ¡las muy haraganas! ¿Y tú, qué quieres? ¿Qué buscas?—

—Vine á ver á Jacobé. ¿Cómo se encuentra hoy?

—¿Cómo quieres que se encuentre la pobrecilla?—

Me coge de un brazo, y me lanza á la puerta del comedor.

Durante largo espacio contemplo á través del aire obscuro sin descubrir nada parecido á un cuerpo humano. Por fin, encima del canapé, distingo una masa, y una parte de falda colgando verticalmente hasta casi rozar el suelo, como ala caída de un pájaro enfermo; y poquito á poco voy reconstruyendo en esta masa los contornos de una persona, cuya exacta posición es difícil adivinar. Es ella. Es Jacobé. Está boca abajo, con la frente clavada en la almohadilla y la barba apretada contra el pecho. Una muñeca y una

mano extenuadísimas surgen entre los barrotos del canapé. No se mueve en lo más mínimo, ni parece alentar, mas yo he creído notar que uno de sus ojos perleaba; y temiendo desvelarla, me retiro de puntillas al fondo del pasadizo.

—¿Cree usted que duerme?—pregunto á mi nodriza.

—¿Qué se yo, hijo mío? Está quietecita, reposa, no puedo decir más.

—¿Qué ha dicho el médico? ¿No vino hoy?

—Mira, no me nombres á este sujeto; estoy de él hasta la coronilla. Hará tres semanas que arrojó á la basura sus recetas. Dice cosas sin ton ni son... no sabe por donde anda... ¡Bonita perfección has mentado! ¡Pues no supone ahora que la dolencia de la chica procede de las borracheras de su padre y sus abuelos! ¡Qué ocurrencia, verdad! Bebe Juan, y se marea Tristán... ¡Váyase al cuerno!... Dios me tenga de su mano. Y mientras, Jacobé se está muriendo, se seca como los pámpanos de la parra, y crece su agotamiento á cada nuevo sorbo de medicina. ¡Al diablo las pócimas!...

No, estos achaques no los curan médicos ni albeitaes, bien lo veo. ¡Ay, Dominguí, la gente mala abunda que es un dolor!

—Pero... ¿á dónde va á parar?

—Alguien desea nuestra perdición, esto es llano,—me contestó, dándome una ojeada tenebrosa y llena de emoción.—Este daño no viene del natural de uno, esto es dolencia comunicada, estoy convencida de ello. ¡Ah, si yo supiese quien es el alma condenada que hace sufrir á esta criatura, á este ángel que en su vida se ha propasado con nadie! ¡Ah, si yo lo supiese, ira de Dios!—

Y al decir estas palabras da una manotada con tan siniestra intención, que se oyen crujir sus dedos. Luego se arrima á la pared, y con la frente empieza á dar golpecitos en ella. Cuando vuelve la cara está tan pálida que uno creería que la blancura de la pared se le contagié.

—Si me hubiesen clavado una puñalada mortal, yo lo perdonara mil veces, pero una infamia así no se perdona en este mundo ni en el otro. Las penas del infierno son demasiado cortas para una maldad semejante.